UN ASUNTO DE DECADENCIA
(Presentando una crónica de Alejo Carpentier sobre el travestismo)¹

POR

WILFREDO CANCIO ISLA

Apollinaire ha sido el primero en traducir poéticamente la emoción del hombre moderno; los conflictos suscitados entre su sensibilidad y la dureza de la vida actual; la tristeza del nómada de vías férreas.

Alejo Carpentier, 1927

De toda la actividad creadora que señala el itinerario de Alejo Carpentier entre 1928 y 1939 —años del *viaje pendular* entre La Habana y París— la producción periodística para las revistas cubanas *Social* y *Carteles* constituye su aportación más trascendental.

La estancia de once años en Francia será definitoria para sus concepciones ideológicas y modos de interpretar la sociedad, y muy especialmente para la maduración como cronista. En contacto con las vanguardias y los procesos culturales de Europa, Carpentier dejará abundante testimonio periodístico de una experiencia que le permitió situarse en el vórtice del torbellino artístico contemporáneo y comenzar a mirar, desde una óptica más penetrante, el mundo americano. “De repente, como una obsesión, entró en mí la idea de América” (García-Carranza, “Carta personal” 15), dirá después en alusión a ese período de convivencia surrealista y asimilación latinoamericana a distancia.

A su regreso a La Habana acumulará unos cuantos poemas afrocubanos y relatos, libretos de ballet y cantatas, una polémica novela de principiante (*Ecué Yamba O*) y hasta una incursión como realizador cinematográfico.² Habrá desarrollado además una impresionante labor radiofónica y dirigido los estudios Foniric para grabaciones de discos con técnicas avanzadas. Pero su reconocimiento máximo dentro de la intelectualidad cubana seguirá siendo como periodista y crítico musical.³

¹ Las reflexiones de este artículo tienen como fuente mi investigación de tesis doctoral “Arte del costumbrista. El periodismo de Alejo Carpentier: 1922-1966”, presentada en la Universidad de La Laguna, España, en junio de 1998.

² Me refiero a *Le Vaudou* (texto, montaje y sincronización), película realizada con documentos reunidos por William Seabrook. Editada por Gaumont-Franco-Film-Aubert y presentada bajo los auspicios del Museo del Hombre, París, en 1936.

³ El estudio del periodismo de Carpentier nos sitúa ante la necesidad de una revisión: devolverle la historicidad a la recepción que se ha hecho hasta ahora de su aporte literario. Es decir, reconstruir la imagen del escritor que hasta mediados de los años 50 fue reconocido esencialmente como periodista virtuoso y musicólogo, no como narrador de ficciones. Los siguientes datos pueden corroborar esa

Carpentier se encargó de hacer una caracterización de este período, cuando en la década de los setenta se preparaba una antología de su periodismo:

Los artículos de 1928 a 1939, se dividen en dos categorías muy distintas, en lo que se refiere a Cuba: 1) los artículos de *Social*, muy bien ajustados a la actualidad artística y literaria que los motivaba; 2) los de *Carteles*, que son de muy distinto género, y no deben confundirse con los anteriores —porque no debe olvidarse que *Carteles* no era una revista literaria y que, por ello, mis “crónicas de París” habían de ser mucho más sencillas, fáciles, periodísticas, que las de *Social* (Sin embargo, las que se refieren a viajes a España, Bélgica, ciudades de Francia, etcétera, no son del todo malas.) (“Carta a José Antonio Portuondo”, *Crónicas* 10).

Si repasamos con detenimiento los ejemplos de cada “categoría” resulta difícil, sin embargo, asumir las diferenciaciones aludidas por el autor como algo más que variaciones funcionales, acordes con el perfil editorial y la periodicidad de las revistas.⁴ En *Social* aparecerán semblanzas de particular énfasis en los elementos estéticos de una obra o personalidad artística, mientras que en *Carteles* predomina la amplitud temática, pero en ambos casos se trata de textos que muestran un mismo estilo expresivo, con notables entrecruzamientos informativos y simbólicos. Obviamente la mención del autor al carácter “más periodístico” de ciertas entregas echa mano a un criterio convencional de ordenamiento que resulta estrecho para explicar su propio ejercicio como cronista. Porque en todas estas crónicas la mixtura de la elaboración es el rasgo predominante, y ni los envíos a *Carteles* eluden el subjetivismo y la estilización en el tratamiento de lo factual (el hecho noticioso concreto), ni las “más literarias” de *Social* pueden desprenderse de un alto grado de referencialidad a lo inmediato.

Lo que convierte en peculiar el aporte de Carpentier es la manera en que consolida su estilo periodístico, afirmando nociones de expresividad que desafían la oleada del objetivismo en la prensa de la época. Contra los estereotipos noticiosos y la rígida preceptiva que simbolizan el triunfo —en Europa y en América— de una estrategia modélica de

afirmación. En 1939, en una nota publicada por la revista *Estudios Afrocubanos* (V.3, Nos. 1, 2, 3 y 4, 1939) a propósito de la muerte de Amadeo Roldán, a Carpentier se le menciona como crítico musical. Al aparecer en *Conservatorio* su artículo “La música cubana en estos últimos 20 años” (enero-marzo de 1944), la ficha de autor lo identifica como periodista, director radial y escritor de libretos para cantatas, óperas y ballets. Ese mismo año cuando ve la luz la modesta edición de 100 ejemplares de *Viaje a la semilla*, la indicación “Del autor” hace referencia a doce títulos, entre textos para cantatas, ballets, una ópera de cámara, una película y una partitura, y sólo se relaciona una obra literaria, la novela *Ecué Yamba O*, y otra en preparación (*El clan disperso*). Y cuando Luis Antonio Ladra reseña *Viaje a la semilla* en *Orígenes* (1/3, otoño de 1944, 45-46), no puede esconder su entusiasmo ante el “descubrimiento” de un escritor que “fajado con su propio peso [...] tiene la virtud de suscitar los temas que no ha sorprendido, los temas que lleva perfectamente instalados en su geografía de hombre de trópico, de criollo raigal”.

⁴ *Social*, surgida en 1916, tenía periodicidad mensual y era una publicación con cierto tono jerárquico, tanto en el aspecto gráfico como literario. *Carteles* (fundada en 1919) se había convertido en un semanario de gran circulación popular a partir de 1924, con un contenido más variado y mayores espacios dedicados a la actualidad nacional e internacional.

comunicación, el corresponsal de *Social y Carteles* se refugia en la tradición para prolongar la resistencia de un discurso que tras la desaparición de José Martí y Julián del Casal, había dado señales de sobrevida en algunas firmas cubanas de comienzos de siglo, entre ellos algunos ilustres miembros del Grupo Minorista.⁵

En lo que respecta a *Carteles*, Carpentier fue asignado a la corresponsalía de París con la estricta advertencia de Alfredo T. Quílez —director de la revista— de “no meterse en camisa de once varas” sino de hablar de cosas mundanas, sin abordar las implicaciones del arte moderno y las corrientes de vanguardia, las cuales, según el gusto de Quílez, exhalaban demasiado olor a comunismo.

Gracias a la contribución de Luis Gómez Wangüemert, Emilio Roig de Leuchsenring y otros colegas ex minoristas de la redacción de *Carteles* que influían para pasar ciertos artículos no enteramente agradables a la dirección del semanario, es que puede entenderse no sólo la proliferación de crónicas de abierta exaltación a las vanguardias e incluso al nuevo arte soviético, sino también toda la gama de artículos políticos y la campaña contra Hitler y Mussolini que Carpentier logra extender hacia el lector cubano.⁶

De las crónicas de *Carteles* que el propio autor calificó de “fáciles, periodísticas” y que están dedicadas a recrear escenarios parisinos tan diversos como la Place Pigalle, el teatro de La Fourmi, el Circo de Invierno, la Feria de las Pulgas o el cabaret de travestis de La Petite Chaumière, muy pocas han sido consideradas por los investigadores a la hora de estudiar el conjunto de su creación literaria. Ciertamente, se trata de textos escritos con cierto grado de ligereza y agilidad periodística, elaborados con inferior despliegue de recursos estilístico-formales. Pero si bien en éstos la estructura es menos compleja y las imágenes más contenidas, la mirada del cronista no se entenece en descripciones y juicios superfluos, sino que apunta a develarnos la densidad cultural de lo aparentemente inconexo y trivial.

La lectura de estas “crónicas frívolas” nos acerca a una visión integradora de cultura que destierra los compartimentos reduccionistas entre lo elitario y lo masivo, lo culto y lo popular. Para el joven Carpentier es importante apreciar y validar todas las expresiones culturales que componen un entorno, interrelacionarlas y sentirlas en su significación más raigal, lo cual halla perfecta sintonía en una filiación vanguardista que es, en esencia, una actitud ante la realidad y la vida, más que un entramado de reglas formales y fórmulas estéticas. De manera que esa parcela de su producción en *Carteles* habrá que reconocerla también como un registro valiosísimo para descifrar claves en su evolución ideológica y

⁵ Movimiento intelectual gestado en las improvisadas tertulias habaneras de comienzos de los años 20 y que pronto se transformaría en epicentro cultural y político de la época. El grupo era de asociación espontánea y estaba liderado por jóvenes intelectuales de izquierda. En 1927 apareció públicamente la Declaración Minorista, documento que manifestaba un espíritu de rebeldía contra la distorsión de la herencia cultural cubana y abogaba por cambios radicales en la vida política nacional. No tuvo órgano de difusión propio pero sus integrantes publicaban con regularidad en revistas como *Social y Carteles* y el suplemento cultural del *Diario de la Marina*. Abocado a tensiones políticas e ideológicas, se desintegró hacia finales de la década.

⁶ Hay una vertiente antifascista en su periodismo de los años 30, verificable en artículos como “Los cánticos del progreso”, “La oposición en Alemania”, “Al margen de la guerra de Abisinia”, “Hitler y el parsifalismo” y “España bajo las bombas”, todos aparecidos en *Carteles*.

conducta intelectual, dentro de un proceso de paulatinas mutaciones que no excluye radicalismos, dudas y desconciertos circunstanciales.

Uno de los rasgos más encomiables de su periodismo es precisamente la versatilidad. Antes de radicarse como corresponsal en París, Carpentier había cumplido una trayectoria periodística en La Habana que a primera vista pueda parecer insólita, si atendemos al número de publicaciones en que colaboró para ganarse el sustento después de la tragedia familiar,⁷ la heterogeneidad de perfiles editoriales a que supo ajustarse y las responsabilidades de dirección asumidas en algunas de aquellas. Vale recordar que por esos años llegó a ejercer hasta como redactor especializado de la moda femenina en la revista *Social*, utilizando el pseudónimo de “Jacqueline”; las columnas de “Jacqueline” se extienden de enero de 1926 a julio de 1927, con un tono de armoniosa frivolidad que de vez en vez hace amagos de agudeza reflexiva y se permite hablar de la “absoluta dictadura espiritual” que ejerce la moda en nuestra época.

El texto que reproducimos en esta edición de *Revista Iberoamericana* fue escrito para *Carteles*, en 1931, y pertenece a esa zona olvidada de su periodismo dedicado a testimoniar los latidos nocturnos de la gran metrópoli. Sin dudas, de todas sus incursiones en el acontecer de cabarets, *dancings* y *boites* parisinos, “Los de la otra orilla” constituye una crónica de peculiar significado y curiosidad, pues es el único de toda su producción de casi 4 mil artículos donde se aborda abiertamente el tema del homosexualismo.

La crítica de Carpentier al travestismo y sus consideraciones sobre el aspecto moral de la sexualidad se inscriben dentro de esa “suerte de culto de la masculinidad y de la feminidad integral” que el cronista evoca como propio de los hombres de América. La alusión a esos espectáculos como síntoma de decadencia del mundo europeo —en contraste con la vitalidad de los países jóvenes de nuestro continente—, está permeada de una visión spengleriana que será decisiva en las concepciones del cubano desde sus años de formación.

Es oportuno mencionar que algunas figuras de la generación minorista se habían lanzado a discutir en las propias páginas de publicaciones vanguardistas cubanas el tema del lesbianismo, aunque la tendencia predominante de tales enfoques había sido la censura homofóbica ante conductas que, como había sentenciado Mariblanca Sabas Alomá en uno de sus artículos de *Carteles*, en abril de 1928, eran resultado de la opresión de la mujer bajo el capitalismo y estaban llamadas a desaparecer con el advenimiento del socialismo (Menéndez 174-189). El homosexualismo y el travestismo eran aún mayor fuente de tabúes, en correspondencia con ese *culto a la masculinidad* que se reivindica en “Los de la otra orilla” y del que Carpentier tampoco puede escapar como individuo.

Algunas de sus confesiones íntimas por estos años hechas en cartas a su madre, Lina Valmont,⁸ sirven para ilustrar la postura juvenil de Carpentier respecto al sexo femenino.

⁷ En 1921 el padre, arruinado, abandona el hogar y se marcha de Cuba. Carpentier, con 16 años, queda junto a su madre, sin sostén económico firme. “Tengo que echarme a la calle a ganarme la vida”, confesará en unas cuartillas autobiográficas fechadas en 1958.

⁸ En 1989 fue localizada y rescatada una maleta con manuscritos, cartas, fotos, discos, libros y recortes de periódicos, pertenecientes a Carpentier. La maleta había permanecido desde 1945 en el ático de una mansión campestre de Saint Florent Sur Cher, a mil kilómetros de París, bajo la custodia de las señoras Chamard y Veschambre, quienes habían acogido en su residencia a Lina Valmont durante los

En febrero de 1929(?) escribe: “Hay en las mujeres, generalmente, una mezcla de sentimentalismo y de granuja que es absolutamente desconcertante”.⁹ En otra carta reflexiona largamente sobre sus aventuras amorosas:

Te han hablado de “mujeres” que yo he tenido. Y no te parecieron bien. Y tenías razón. Pero debías haber sustituido la palabra *mujer*, por la palabra *hembra*. Yo no puedo luchar contra mi naturaleza. Soy hijo de una mujer sana y de un hombre sin taras físicas. No he sido debilitado por vicios de adolescencia, como lo tienen el 99 por ciento de los muchachos. Me he despertado muy tarde a la vida sexual, no por falta de temperamento, sino por un temor a añadir cansancios inútiles a los cansancios del asma. He llegado a la madurez física, en un estado perfecto. [...] En el fondo tengo una vitalidad y una fuerza nerviosa que pocos tienen. Puedo acostarme a las 4 de la mañana y levantarme a las 8, perfectamente fresco y descansado. Duermo a la hora que se me antoja [...] Es lógico que el “trop plein de vie” se vaya de alguna manera. Y por eso, desde hace algunos años, siempre he tenido queridas. Cuando no era una mujer digna de amarse, como debe amarse a una mujer, he escogido mujeres por el color de su pelo, o porque me gustaban físicamente. Pero nunca les di importancia. Nunca se me ocurrió hablarte de N. El día que cogió el barco, me dije: “bon debarras” y no tuve un solo instante de tristeza [...] Pero las mujeres que he considerado *como mujeres*, es decir, como seres humanos, dignos de respeto y cariño, se lo merecían. Hubo Berta, hubo Georgette Camille, una escritora francesa de mucho talento [...] Y ahora hay Maggie.

—Tu plais beaucoup aux femmes —me decía recientemente la mujer de [Robert] Desnos. Y decía la verdad. No sé si es por los años de abstinencia, que llevo acumulados en mí, o por el potencial de vida que adivinan. Pero lo cierto es que continuamente debo defenderme de tentaciones en ese sentido. Cada día encuentro mujeres que sólo esperan una señal para entregarse. Y si tanto estimo la presencia de Maggie, es porque, además de merecerse mi cariño, crea necesariamente una barrera entre mí y esas aventuras inútiles que repruebo moralmente, pero a las cuales uno se deja llevar a veces por el aburrimiento, por soledad o por desoeuvrement [...]!¹⁰

El cronista que describe el “espectáculo grotesco” de los mozalbetes pintarrajeados y disfrazados de *La Petite Chaumière*, y se muestra alarmado por “la plaga continental” que colma espacios como *Monokel Diel* y *Cirque d’Hiver*, no puede obviar esa perspectiva de la sexualidad al evaluar el comportamiento de los que *militan en la otra orilla*. Enfrentados a las aseveraciones de los párrafos finales del texto, conviene además advertir al lector que evidentemente Carpentier (o el editor de *Carteles*) escribió *heterosexualidad* donde debió aparecer *homosexualidad*, como es evidente al comprobar las equívocas referencias, con que concluye esta crónica, infalible termómetro del espíritu de una época.

años de la Segunda Guerra Mundial. Toda la papelería y los objetos personales contenidos en ésta fueron trasladados posteriormente a La Habana para incorporarlos a la Colección Alejo Carpentier de la Biblioteca Nacional José Martí. Las cartas a Valmont que cito a continuación provienen de ese hallazgo.

⁹ Como era costumbre en Carpentier, el año aparece omitido con regularidad en su correspondencia, por lo que en este caso anotamos la fecha en que presumiblemente fue escrita.

¹⁰ De esta carta sólo aparecen en los fondos consultados, las hojas 7 y 8. Al parecer es posterior a 1930.

LOS DE LA OTRA ORILLA

POR

ALEJO CARPENTIER

Era en días del gabinete de Tardieu. Las interpelaciones, los ataques, las invitaciones a “plantear la cuestión de confianza”, los hervores de las izquierdas, se multiplicaban en la Cámara Francesa, con una constancia capaz de vencer todas las resistencias ... Cualquier motivo era bueno para desencadenar tempestades en torno de la maltrecha nave del gobierno. Un día, cierto diputado echó en cara a uno de los ministros “la indulgencia que demostraba ante las inmoralidades que medraban en París”, declarando vergonzoso que en la capital existieran establecimientos equívocos, visitados por todos los turistas, como *La Petite Chaumière*, de fama internacional ... Lleno de sorpresa, el interpelado —que debía conocer bien poco la vida nocturna de Lutecia—, pidió precisiones sobre las características del *dancing* de marras y aseguró que lo visitaría en persona, para ver si era cierto lo que se decía ... *La Petite Chaumière* fue inspeccionada discretamente, pocas noches después, por el buen ministro. Y cuatro días más tarde era clausurada por orden superior ... ¡París, pese a su vieja aureola de perversión, es ciudad que cree todavía en ciertos principios de moralidad!

Para nosotros, hombres de América, educados en países jóvenes que sustentan una suerte de culto de la masculinidad y de la feminidad integral, nos resulta, en realidad, algo chocante el espectáculo que ofrecen ciertos rincones especiales de las grandes capitales europeas. Ante el espectáculo grotesco ofrecido por lugares como *La Petite Chaumière*, con sus mozalbetes pintarrajeados, disfrazados de mujer con una perfección capaz de desconcertar al observador más acucioso, un sudamericano no sabe si indignarse o reír ... Y, sin embargo —a pesar de la clausura del establecimiento mencionado no ha traído la de cierto bar de la Place Pigalle, ni la del *Té Recamier* de gloriosa reputación—, puede afirmarse que París es una ciudad santa, en lo que mira estas cuestiones, si la comparamos con una capital como Berlín ...

Abrid la página de anuncios berlineses de la edición europea del *Chicago Daily Tribune*. Encontraréis estos dos avisos misteriosos: “ELDORADO; algo que usted no podrá ver en los Estados Unidos; un lugar del que le hablarán mucho en los Estados Unidos ... Sentirá usted no haberlo visto cuando regrese a su país; aproveche su estancia en Berlín ... Un establecimiento nocturno acerca del cual Sinclair Lewis ha hablado en sus novelas famosas ... Pregunte a sus amigos americanos o al portero de su hotel, el medio de ir al ELDORADO, Motzstrasse 15”.

Y, dos líneas más abajo, puede leerse este otro anuncio no menos sibilino: “MONOKEL DIELE: el otro aspecto del problema. Venga a vernos, Budapeststrasse número 14”.

No habiendo estado en Berlín, no puedo ofrecer precisiones detalladas acerca del carácter de estos dos lugares no tanto enigmáticos. Pero la posesión de cierta medalla, regalada como *recuerdo* a los clientes de *Eldorado*, y que me fue traída de la capital alemana por un pintor amigo, resulta bastante edificante: en una de sus caras puede verse una mujer elegante, vestida muy femeninamente, bailando con otra mujer que lleva garbosamente un

“smocking” [sic] de corte masculino. Este cuadro es completado por el motivo que adorna el reverso de la medalla: dos jovencuelos, amorosamente enlazados, que esbozan los pasos de un tango. ¡Si en esta medalla no queda agotado el *problema* aludido por los anuncios quisiera saber cuál será el “otro aspecto”, que nos invitan a estudiar en el *Monokel Diele*!

Pero al parecer, estos dos *dancings* que blasonan tan claramente de sus especialidades, no deben sorprendernos demasiado. Son una suerte de iniciación ingenua a otras cosas que podrían observarse en Berlín y en Hamburgo. Nadie ignora, hoy en día, que todo habitante de Berlín, provisto de un certificado médico de anormalidad, puede obtener inmediatamente una autorización legal, firmada por el Prefecto de Policía de su barrio, para usar ropas femeninas y zapatos de tacón alto, y dejarse crecer el cabello ... Estos raros individuos, que todo el mundo puede encontrar en las calles más concurridas, son designados con una palabra alemana (*Transvestit*), que significa algo como: *Disfrazados*. Las leyes no les vedan ninguna de las prerrogativas concedidas a las personas del sexo femenino, incluso el de vivir de sus atractivos! ... Y esto no es todo: los “disfrazados” berlineses publican un periódico, que puede hallarse en muchas librerías europeas, destinado a hacer la apología y el elogio de sus costumbres. En él se publican retratos de los más destacados *Transvestit*, luciendo sus últimos modelos femeninos de trajes de noche, de tarde o de sport, confeccionados en las más afamadas casas de costura parisienses y alemanas. Además de ello, el periódico increíble contiene una sección de anuncios, relacionados con cuestiones aptas a interesar a sus lectores. Anuncios por este estilo:

“Joven marinero (22 años), recién desembarcado en Hamburgo, y que dispone de quince días de descanso, quisiera crearse relaciones. Escribir a X, calle, número, etc, etc.”

“Joven de 28 años, serio, apasionado, intelectual, amante del estudio y de las emociones estéticas, desearía conocer alma hermana para comunicarle sus ardores y sus entusiasmos artísticos. Desechará todo lo que le parezca una unión frívola y pasajera. Anhela algo estable, más espiritual que material. Escribir a X, etc., etc.”

“Hombre de cierta edad desea ofrecer apoyo en la vida a joven desprovisto de suficientes recursos materiales. Asunto serio. Exige cualidades sentimentales. Escribir a Salvatore, lista de correos, Hamburgo ...”

Y los avisos de esta clase se suceden por decenas, en el edificante periódico de los *Disfrazados*, y en un colega titulado *Die Ehelosen* (Los que no se casarán).

Al lado de publicaciones francamente innobles, como las que acabo de mencionar, existen otras, orientadas en el mismo sentido, pero redactadas en un tono más aceptable: *La amistad*, (“Die Freundschaft”) de Berlín, por ejemplo. En ella pueden leerse inacabables diálogos, escritos en estilo que recuerda vagamente el de Platón, en que intenta hacerse la defensa filosófica de las costumbres de los redactores y de sus epígonos. Aquí la cuestión es planteada en el terreno de la amistad afectiva, estudiándose las posibilidades de una compenetración espiritual más profunda entre dos hombres, que entre hombre y mujer, destinados, según estos raros teóricos, a no comprenderse nunca. Menudean citas de filósofos griegos, se glorifica el ejemplo de Orestes y Pylades, se transcriben largos

¹ Quienes duden de la autenticidad de estas afirmaciones, pueden hallar amplia documentación acerca de ello —datos, y fotografías— en el reciente número de la revista “Le Crapouillot”, consagrado a Alemania. *Carteles* (La Habana, 2 de agosto de 1931) 30, 44-45.

fragmentos del ensayo de Montaigne sobre la amistad (suerte de texto clásico para los devotos del uranismo) ... Al lado de estas apologías en tono mayor, aparecen textos discretos, en que se invita al público a tener “más indulgencia”, “más comprensión”, y se piden análogas libertades para las mujeres aquejadas de inclinaciones similares. (¡Se trata de una verdadera alianza con el clan opuesto!).

Lo cierto es que la plaga parece continental. En Viena existen publicaciones parecidas, llenas de pretensiones sociales y psicoanalíticas; en Lyon, hace unos cuatro años, comenzó a editarse una revista en que podían admirarse fotografías de marineros imberbes, realizadas por pies de grabados de esta índole: *Bella amistad* ... Y nadie ignora, por otra parte, las costumbres que suelen entronizarse en la vida de los estudiantes de ciertas universidades inglesas.

Oscar Wilde expió duramente en la Cárcel de Reading una falta que hoy parece disfrutar en Europa de las mayores simpatías. Paul Morand, en su *1900*, nos dice que los únicos amigos fieles que siguieron el ataúd de *Dorian Gray* andaban como avergonzados, sin sospecharse remotamente que, por los días que corren, Wilde habría podido aspirar a la presidencia de una verdadera *Internacional* ... Las filiales parisienses de esta *Internacional* son bastante numerosas: para convencerse de ello bastaría ocupar una butaca en el *Cirque d'Hiver*, las noches en que Barbette, el equilibrista yankee, realiza sus gráciles ejercicios bajo el aspecto de una lindísima mujer ... Los dos tercios del público de platea están integrados por personajes cuyas manos perfiladas y actitudes equívocas no dejan lugar a dudas acerca de sus inclinaciones.

Una vez al año, en la vieja sala del *Magic City*, las “almas hermanas” celebran un famoso baile de disfraz. ¡Les aseguro que el espectáculo es digno de verse!

No es actitud propia del cronista adoptar gestos críticos que incumben a los moralistas. Freud y Havelock Ellis han estudiado demasiado bien el problema de la heterosexualidad; Gide y Stefan Zweig [*sic*] lo han analizado con demasiada inteligencia —en *Corydon*, en *Confusión de sentimientos*— para permitirnos comentarios fáciles.

El aspecto moral del problema se vincula con la biología; sus manifestaciones más recónditas son explicadas por la psicoanálisis. Pero, el clima mental del heterosexual [*sic*], alterado de antemano, fácil de determinar por la observación, ofrece visibles características: el anormal, netamente definido, es generalmente un individuo ingenioso, hábil, sensible, inteligente, pero desprovisto de todo vigor y fuerza de realización en el terreno de las ideas. Los artistas heterosexuales [*sic*] han sido siempre capaces de construir un lindo objeto, pero nunca llegaron al monumento; arias de Lully, máximas inconsistentes de Wilde, prosas preciosistas de Jean Lorrain ... ¡Nunca imaginaríamos a Bach, a Kaut [*sic*], a Wagner, a Shakespeare, como pertenecientes a la *Internacional* aludida por Morand! Y en lo que ya no se refiere a la creación, sino a la ética de la vida cotidiana, podría siempre definírseles como individuos que “poseen todos los defectos del hombre y ninguna de las cualidades de la mujer”.

¡Eldorado, Monokel Diele, Disfrazados, La Amistad! ¡Síntomas de decadencia! ¡Menos mal que detrás de ello, en Alemania, hay seis millones de comunistas organizados!

BIBLIOGRAFÍA

- Balderston, Daniel y Donna J. Guy (comps.). *Sex and Sexuality in Latin America*. Nueva York: New York University Press, 1997.
- Carpentier, Alejandro. "La música cubana en estos últimos 20 años". *Conservatorio* (enero-marzo 1944): 5-10.
- _____. *Viaje a la semilla*. Ediciones UCAR, García y Cía., 1944.
- _____. "Autobiografía". *Bohemia* (La Habana, 26 de diciembre de 1986). 15.
- "Carta a José Antonio Portuondo". *Crónicas*. Tomo I. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1975. 10.
- Estudios afrocubanos* 3/1, 2, 3 y 4 (1939).
- García-Carranza, Araceli. *Biobibliografía de Alejo Carpentier*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1984.
- Menéndez, Nina. "Garzonas y feministas in Cuban Women's Writing of the 1920's". *Sex and Sexuality in Latin America*. Daniel Balderston y Donna J. Guy, comps. Nueva York: New York University Press, 1997. 174-189.